

Domingo de Ramos B2024

La entrada de Jesús en Jerusalén, con la presencia de la multitud cantando en su honor es un triunfo, pero un éxito modesto y contrastado. Lo que vino al final de ese día apasionante y emotivo fue pasión, sufrimiento y muerte.

Las multitudes que lo alababan hasta el punto de querer hacerlo rey, estaban entre las mismas que gritaban: "Crucifícale". Vemos cómo los elogios y la admiración que nos brindan la gente dura poco. La verdadera gloria viene de Dios y no de los seres humanos. La verdadera gloria de Jesús reside en su resurrección de entre los muertos, porque allí el Padre lo pondrá por encima de toda criatura y lo reconocerá como Dios y Señor de todo el universo.

El camino que conduce a la verdadera gloria es el amor incondicional que da todo hasta la entrega de su propia vida por los seres amados. Nuestro Señor se ha negado y vaciado al no aferrarse al legítimo privilegio de ser Dios para ser igual a nosotros. Se sometió al Padre que da vida al mundo rodeándose de su amor y obedeciendo hasta la muerte en cruz.

Cuando se ha vivido una vida por el bien de los semejantes, el sufrimiento que proviene de la entrega y el vacío de su mismo se convierte en un sufrimiento sanador. En el corazón del sufrimiento de Jesús hay una perrera de amor, un amor que perdona, restaura y recrea. La pasión de Jesús es una pasión de amor por la salvación del mundo.

Como buen siervo de Dios, nuestro Señor no ha vuelto la mejilla a los que le tiraban la barba. No apartó su rostro de los insultos y salivazos. Sólo el amor es capaz de soportar sacrificios y sufrimientos por los amados, porque en él cada uno es amado no por ningún interés, sino por lo que realmente es, es decir, hijo de Dios. Como dice la Sagrada Escritura: "El mayor amor que una persona puede tener por sus amigos es dar la vida por ellos".

Amigos, vivimos en un mundo violento donde la tortura, el abuso y la guerra se han convertido en destino diario y ocupan la portada de nuestros periódicos. Corremos el riesgo de acostumbrarnos a ellos hasta el punto de hacernos insensibles al sufrimiento de los inocentes. Escuchar la pasión de Jesús es escuchar el grito de los inocentes que sufren injustamente en nuestro mundo de hoy.

La pasión nos invita a despertar en nosotros la conciencia de solidaridad para romper las cadenas de la violencia. No debemos olvidar que cada vez que hacemos sufrir a los demás de una forma u otra, prolongamos la pasión de Cristo. La pasión de Cristo nos desafía a cada uno de nosotros para hacernos testigos del amor de Dios a nuestros semejantes.

Permítanme terminar diciendo que Cristo sufriente nos enseña a perdonar como lo hizo en la cruz, especialmente cuando hemos sido heridos injustamente. Nos obliga a abrir nuestro corazón al don del perdón dando y recibiendo perdón unos de otros. ¡Que encuentren consuelo en la pasión de Jesús cuando el amor de sus queridos los traiga sacrificios y sufrimientos!

Isaías 50: 4-7; Filipenses 2: 6-11; Marcos 14: 1-15: 47



Fecha de la Homilía: el 24 de Marzo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240324homilia.pdf